

CAPÍTULO XXXI

El viaje del heredero del trono á Siberia.—Nuestra vida en la colonia penitenciaria.—El cruel pristaw

El tiempo transcurría mucho más de prisa en la colonia que en la prisión. Vimos pasar rápidamente el verano y el otoño: la primavera de 1891, primera que pasaba en libertad después de largos años de prisión, dejó en mí recuerdos imborrables, y nos trajo la esperanza de una inesperada y próxima libertad.

Un día se supo que el zar Alejandro III había resuelto publicar un manifiesto con ocasión del viaje del heredero del trono á Siberia. Se decía que este manifiesto concedería la gracia á numerosos condenados y la medida sería extensiva á los políticos. El telegrama oficial estaba redactado en términos tan enigmáticos, que nos permitió pensar en una libertad próxima. A creer la nueva, se nos consideraría pronto, no como *condenados*, sino como *desterrados*; esto podía mejorar nuestra situación, según las localidades á que nos enviaran. La mayor parte de los prisioneros de Estado son expedidos hacia el país de los Yakoutes y las condiciones de existencia son menos favorables que en Kara. La población es más escasa y se está más lejos del mundo civilizado que en las

regiones del Transbaikal, donde se encuentra Kara. Los compañeros tenían allí más privaciones que nosotros. El correo llegaba con menos frecuencia, el clima era más rudo y el invierno más largo. En muchos distritos *los artículos de lujo*, como té, tabaco y petróleo, no podían introducirse y era difícil hasta procurarse un pan negro, que cuesta carísimo.

Hay localidades donde el pan negro se considera como un regalo que se debe ofrecer á los huéspedes importantes.

La principal, ó, por mejor decir, la exclusiva alimentación de los habitantes, consiste en carne y pescado. Hasta las habitaciones son mucho más primitivas que en Kara. Los *iurten*, como les llaman los yakoutes, son chozas hechas con ramas y brozas. A pesar de eso, la mayor parte de nosotros estábamos dispuestos á ir á esas regiones inhospitalarias. Se esperaba que con el tiempo, gracias á la condición de desterrados, se nos enviaría á país mejor. Lo que sobre todo nos seducía era la libertad de circular en un perímetro más grande.

Además, se enviaban allí frecuentemente convoyes de desterrados administrativos y se podían saber por ellos noticias del país, mientras que ningún deportado político llegaba á la colonia penitenciaria de Kara. Por último, los desterrados en el país de los Yakoutes tenían la posibilidad de dar en el porvenir un nuevo paso, hacerse empadronar en la clase de los aldeanos, y entonces tenían libertad de ir, y venir por toda la Siberia. Sin duda estas mejoras no eran cosa rápida: se necesitaba por lo menos una docena de años, pero se aprende á tener paciencia en la Siberia y varios de nosotros dejaban ir el pensamiento ha-

cia el porvenir. ¡Diez años! Alguna vez había manifestos del zar, y después de quince ó veinte años podía pensarse en la lejana vuelta al hogar. Yo mismo me dejaba mecer por la esperanza, aunque sabía qué escasas eran las gracias concedidas por el zar.

El manifiesto de la corona estaba lleno de restricciones, y esta vez, como de costumbre, la gracia no se extendería á todos. Había acabado por salir de la prisión; quizá alcanzaría ser enviado al destierro, y entre la duda y la esperanza los pensamientos más optimistas se presentaban á mi espíritu.

Mientras se discutían en Petersburgo la forma y el contenido del manifiesto para ver cuáles serían los favorecidos y los que habían de excluirse, las autoridades de la Siberia tenían preocupaciones mucho más perentorias. Necesitaban ver las vías y los medios de librar al heredero del trono de todo peligro durante su viaje á un país donde vivían las víctimas implacables del zarismo. Los señores funcionarios resolvieron el problema de una manera muy sencilla: á lo largo del camino que había de recorrer el príncipe se metieron en prisión todos los detenidos en las colonias. Aunque Kara estuviese á veinte *verstas* del camino, fuimos aprisionados un día antes de pasar el zarewitch y libertados un día después. Esperábamos con ansiedad la llegada del correo, que venía cada siete ó diez días, para tener noticias del manifiesto; pero en las oficinas reales no se daban prisa y los detenidos tuvieron que sufrir largo tiempo el tormento y la inquietud.

Un año entero transcurrió antes que se nos hiciera saber que habíamos obtenido una mejora y hasta dónde llegaba la clemencia del zar.

Nuestra decepción fué cruel; la mitad de los detenidos en Kara eran excluidos y los otros no obtuvieron más que una pequeña disminución de la pena. Me encontraba entre los totalmente olvidados, y me debía resignar á estar otros cuatro años en el mismo puesto. La desilusión era dura, tanto más penosa cuanto que habíamos olvidado la alegría de la salida de la cárcel y nuestra vida nos parecía de nuevo monótona y tan inútil como otras veces. Nos sentíamos más desgraciados que en la prisión. Allá abajo estábamos obligados á renunciar á todo lo que tenía apariencias de vida; en la colonia, al contrario, nos hallábamos en plena actividad. En la cárcel toda ocupación razonable nos estaba prohibida: condenados á tirar penosamente de una existencia sin fin, atrofiados, como privados de toda excitación mental. En la colonia era muy diferente: nos sentíamos vivir, despertar del letargo que nos aniquilaba en la prisión. Veíamos á los hombres agitarse alrededor nuestro, luchar por sus intereses, batallar por la existencia, y estábamos reducidos á las ocupaciones domésticas, á trabajos que no podían satisfacer nuestra actividad. La mayoría de entre nosotros hubiera deseado hacer útil empleo de sus fuerzas no sólo en cortar leña y coger hierba.

En apariencia teníamos el derecho de mezclarlos en muchas cosas que estaban prohibidas en la prisión, pero en realidad nos era imposible ocuparnos en nada de inteligencia.

Nos sentíamos humillados de tener que dedicar toda nuestra actividad á bagatelas, tales como la organización de nuestras viviendas, que en las condiciones que nos encontrábamos absorbían todo nuestro tiempo, sobre todo al principio, hasta

el punto que durante semanas nos fué imposible abrir un libro ó leer un periódico. Para los hombres instruidos era un verdadero suplicio. La sola ocupación intelectual un poco interesante, consistía en observar las costumbres particulares de los habitantes del país. En las cárceles había podido estudiar las condiciones de los prisioneros en sus celdas y en sus talleres; ahora veía cómo viven en las colonias. Se acababa de abandonar la costumbre de utilizar á los detenidos en el lavado del oro, porque ese trabajo era demasiado costoso. Se les empleaba en lo que se llaman trabajos domésticos y se servían de ellos como bestias de carga para los transportes de materiales.

El espectáculo de hombres y mujeres uncidos á los carros y tirando de ellos como bueyes, era demasiado repugnante.

Cerca de un año después de nuestra llegada á la colonia, los trabajos forzados en Kara fueron suprimidos. Una parte de los condenados se ocupaba en la construcción del camino de hierro transiberiano, que acababa de comenzar, y los otros fueron enviados á la isla de Sakhaline y á otras penitenciarias. Los vigilantes, los cosacos y hasta los mismos funcionarios siguieron á los prisioneros. Nuestra colonia quedó, por consecuencia, completamente despoblada y la existencia se hizo más monótona. Teníamos en cambio la ventaja de poder utilizar las habitaciones abandonadas, y nuestra instalación nos ofrecía más comodidad.

Nuestras relaciones con los pocos habitantes que habían quedado eran los más cordiales; enseñábamos á los niños, les dábamos consejos y les prestábamos nuestro concurso en calidad de médicos y abogados, porque para esas pobres gentes la palabra *político* era sinónimo de *sabio*, y

cada vez que se presentaba ocasión recurrían á nuestras luces.

Nos estaba prohibido ejercer oficios que tuvieran analogía con lo que se llama *profesiones liberales*; no debíamos, pues, desempeñar las profesiones de maestros de escuela y médicos; pero las circunstancias eran tales, que algunas veces los funcionarios mismos se veían obligados á hacernos llamar, á pesar de las prescripciones del reglamento. Después de esto no se podía hacernos responsables de nuestras relaciones con los presos civiles. Una vez sola me amenazó un conflicto que voy á contar en pocas líneas. Un aldeano de los alrededores había venido á nosotros exponiéndonos el hecho siguiente: El nuevo *pristaw* (funcionario administrativo y de policía), acompañado del alcalde y de otros funcionarios, se había presentado en su casa y sin ningún motivo procedió á un registro domiciliario. En su comedor encontraron algunas libras de tabaco, té, azúcar y otras provisiones. El *pristaw* se había apoderado de todo con el pretexto de que este aldeano debía haber adquirido aquello para cambiarlo por oro robado, ó que él jugaba el papel de recogedor.

Cuando más tarde el aldeano compareció por orden suya en la casa del funcionario, éste le exigió cincuenta rublos por la restitución de los objetos que le habían sido confiscados. Esta reclamación parecía impudente al aldeano, y, por consejo de uno de sus vecinos, vino á mí á pedirme le redactara una queja contra el funcionario prevaricador. Me contó una larga historia para explicarme que las provisiones eran de su uso personal; las había comprado durante el invierno, porque en esa época le era más fácil, pues durante el verano tenía que ocuparse de los nu-

meros trabajadores que empleaba. Todo esto era un cuento inventado, y nuestro hombre pertenecía indudablemente á la honrada corporación de buscadores de oro, pero era claro como la luz que el funcionario había cometido una grave incorrección y un abuso queriendo obtener dinero del aldeano. Yo había oído decir que este sátrapa recientemente nombrado era una calamidad para toda la población de la provincia. Se le había confiado el gobierno ilimitado de este país, cuya extensión pasaba de la de ciertos Estados alemanes, y no tenía otra mira que la de llenar su bolsillo. Por las noches hacía irrupción en las casas, y con gran sorpresa de los habitantes, se llevaba todo lo que caía bajo su mano y fijaba el rescate á su gusto. Al mismo tiempo, siguiendo las buenas tradiciones de los funcionarios rusos, intimidaba á los aldeanos jurando y blasfemando como un poseído. Su dicho favorito era:

—Aprended, cuadrilla de bribones, que yo soy para vosotros el zar y Dios.

Me seducía la idea de dar una lección á este tirano, pero no quería representar el papel de abogado. Dudé un poco y aconsejé al aldeano que recurriera á otras personas, á gentes que tienen por oficio escribir cartas ó redactar quejas; pero él me declaró que esas gentes no querían hacerlo porque temían las represalias del *pristaw*. Entonces me decidí á ejecutarlo; mas para no pasar por denunciador secreto escribí debajo de la queja, que sabía perfectamente no tenía derecho á formular por otro: «Escrito y firmado por el detenido político León Deutsch, á ruegos de un querrelante iletrado.» Le hice notar al aldeano que yo no era hombre de enviar denuncias anónimas y que esperaba que las autoridades se ocuparían

del negocio. El aldeano se mostró muy satisfecho, me dió calurosamente las gracias y quiso á viva fuerza ponerme en la mano un rublo, que yo rechazé enérgicamente.

No oí hablar del asunto durante algunas semanas, pero un día el alcalde de la colonia vino á mi casa y me invitó á seguirle á su despacho, donde el pristaw quería hablarme. Esto era absolutamente ilegal, porque en calidad de prisionero político no estaba sometido á más autoridad que á nuestro administrador, y no á los funcionarios de policía. Le respondí brevemente:

—Diga usted á su pristaw que no tengo nada que ver con él; si desea hablarme no tiene más que venir.

Le hice repetir mis palabras hasta que las tuvo bien grabadas en la memoria, para repetir las al funcionario. Desempeñó bien su comisión y se puede imaginar la cólera de este *zar y Dios* cuando le dió mi respuesta delante de las autoridades municipales y un gran número de aldeanos. Como supe más tarde, enrojeció de rabia, y jurando como un condenado dió orden de encadenarme y conducirme á su presencia.

A pesar de la orden categórica, sus gentes dudaron en obedecer. Algunas horas después, tres representantes de la municipalidad vinieron á mi casa y me suplicaron que les acompañara. Les hice observar que el pristaw no tenía derecho de ejercer autoridad sobre mí y sólo podía entrar en relaciones conmigo por medio del administrador de la colonia. Los enviados se manifestaron muy satisfechos de mi respuesta y fueron contentos á comunicar al pristaw que yo no estaba bajo su dependencia.

Algunos días después supe por nuestro admi-

nistrador que el pristaw quería simplemente comunicarme una carta que había recibido á propósito de la queja redactada por mí, detalle que, en verdad, no me interesaba.

Todo este negocio terminó, como de costumbre, sin ningnna consecuencia. La carta en cuestión se reducía á pedir al magistrado prevaricador que se justificara. Pero algunos años después, cuando yo dejé Kara, el aldeano no estaba aún en posesión de sus provisiones. Continuaban aún bajo la excelente guarda del pristaw. ¡Se adivina en qué estado!

El asunto no tuvo consecuencias desagradables para mí. Al cabo de algunos meses recibí un comunicado del gobernador en el que me advertía que me estaba prohibido redactar quejas en nombre de los habitantes del país. Si nuestras relaciones con la población no hubieran sido tan cordiales, hubiera podido acabar mal para mí.

CAPÍTULO XXXII

La muerte del zar.—Nuevos manifiestos.—El censo de la población

—¿Sabe usted la novedad? El zar está enfermo; se dice que los médicos desconfían de salvarlo.

Un oficial conocido mío me saludó un día con estas palabras. La noticia inesperada me llenó de asombro. Se creía generalmente que Alejandro III, con su talla hercúlea y temperamento robusto, llegaría á edad avanzada y ejercería durante mucho tiempo aún el régimen reaccionario. He aquí que de pronto un rayo de esperanza brillaba para mí, porque es costumbre en Rusia que todo heredero del trono sea objeto de nuevas esperanzas.

En Noviembre de 1894 supimos que el zar había muerto, y poco después se publicaron dos manifiestos, uno por el matrimonio de Nicolás II y el otro por su coronación.

Esta vez yo no fui excluído. Según el primer manifiesto, la duración de la pena fué rebajada en cuatro años y algunos meses; pero esta *gracia* vino cuando ya no me quedaban más que diez meses que cumplir. El segundo manifiesto reducía de diez á cuatro años el tiempo para poder cambiar mi condición por la de aldeano. Al mismo tiempo se me advirtió que podía ser trasladado

como cumplido al país de los Yakoutes; pero por diferentes circunstancias yo no hice uso de los beneficios que me concedían los dos manifiestos, y por razones de familia continué en Kara.

*
**

Una fría mañana de Diciembre del año 1896 escuché el ruido de un trineo que se detenía delante de mi casa. La puerta se abrió, y entró un hombre vestido de piel de carnero y envuelto en un *dokha* (manto cuyo interior y forro son de pieles). Cuando se hubo desembarazado de sus abrigos conocí á nuestro alcalde, personalidad saliente y conocida en todos los alrededores. Su habilidad y su firmeza le granjeaban una consideración general. Tenía gran fuerza de carácter y de independencia, y se decía que era hábil y enérgico, pero al mismo tiempo un poco duro y de una moralidad no del todo irreprochable.

Habitaba cerca de treinta *verstas* de mi casa y no había venido á verme hasta entonces ni una sola vez. Se necesitaba una circunstancia especial para decidirse á hacer tan largo recorrido con un frío tan terrible. Siguiendo la costumbre siberiana, no me dijo el objeto de su visita hasta que hubo tomado algunas tazas de té bien caliente. Después me expuso lo que sigue:

El gobierno había ordenado hacer un censo general de la población del inmenso imperio, y debía estar terminado en un día fijo. Esta operación exigía gran número de gentes aptas, difíciles de encontrar en Rusia, y más todavía en Siberia. Las autoridades administrativas estaban bastante preocupadas con esto, y el presidente de nuestro

distrito había hecho llamar á sus subordinados para ver cómo resolverían el problema.

Cuando esta cuestión fué discutida en Kara y en las localidades vecinas, nuestro alcalde respondió que él se encargaría de este cuidado, á condición de que le dejaran recurrir á mí. Yo era, según creía, la sola persona capaz de los alrededores. Mi nombre era conocido del presidente del distrito, á causa de la queja que había firmado por el aldeano, y declaró que estaba conforme. El *pristaw*, contra quien iba dirigida la queja, no hizo ninguna objeción, aunque formaba parte del Consejo.

El alcalde me expuso todos estos hechos y me pidió que consintiera en ayudarle. Le respondí que sí inmediatamente, porque esta nueva ocupación traería alguna variedad á mi monótona existencia, y era un trabajo interesante y útil. Un solo punto me preocupaba: me encontraría continuamente con el *pristaw* y podía ocurrir algún rozamiento. El alcalde me aseguró que el funcionario lamentaba lo pasado y había olvidado por completo nuestra diferencia, sin guardarme rencor alguno. Quedaba aún otro obstáculo: era preciso obtener el permiso de la administración de la colonia penitenciaria, pero el funcionario se encargó de arreglarlo por sí mismo.

El asunto estuvo pronto arreglado, y así yo, criminal político, me encontré de la noche á la mañana revestido de un cargo público. Me encargaron del censo en una aldea que estaba á quince *verstas* de mi casa y cuya población contaba cerca de mil habitantes. Hice también el censo de otra aldea de acuerdo con el *pope* (sacerdote del rito griego). Era muy interesante para mí visitar aquellas gentes y hacer conocimientos con ellas. Había

episodios cómicos y numerosas equivocaciones; pero también observaciones penosas, por no decir trágicas.

Mis trabajos fueron bien recompensados; los habitantes me manifestaron su simpatía de diferentes maneras, y los funcionarios quedaron admirados de la rapidez con que había desempeñado la comisión.

Pasó algún tiempo, hasta que un día, en Enero de 1897, el alcalde me hizo otra visita. El buen hombre tenía otra cosa que pedirme. El presidente de las operaciones del distrito reunía un cierto número de sus colaboradores para comprobar los resultados y enviar la noticia general. El jefe de mi distrito era, como ya he dicho, el severo pristaw, y había insistido para que yo representase en el comité á Schilkinskaja Volost.

La proposición me sedujo; no había dejado á Kara una sola vez en doce años y no conocía más que las aldeas cercanas. Ahora se me ofrecía ocasión de hacer un viaje de varios cientos de *verstas* á través de un país que debía ser interesante. El cuidado de arreglar el censo me atraía igualmente, pero se necesitaba vivir en la sociedad de un hombre que no era mi amigo. El alcalde, con su habilidad, se encargó de arreglarlo todo, y acepté el ofrecimiento que me hacía. Obtuve sin trabajo la autorización del gobierno para dejar mi domicilio y me puse en camino.

Viajaba á expensas del Estado; me dieron un pasaporte firmado por el gobernador, que me autorizaba á tener caballos en todas partes por donde pasara y á hospedarme en los edificios del Estado. En una palabra, me trataban como un funcionario *viajando en servicio*.

Semejante expedición no era cosa sencilla en

el invierno siberiano. Me había puesto su vestido de piel de carnero y un *dokha*; estaba tan cargado de pieles que no podía moverme en mi trineo. El camino atravesaba regiones casi desiertas, ligeramente montuosas y cubiertas de selvas impenetrables. Los caballos arrastraban el coche con trabajo. Cada treinta ó cuarenta *verstas* llegábamos á una estación, donde había cambio de tiro. Recibía en todas partes una acogida tan expresiva como si yo hubiese sido un alto personaje, lo que tenía mucho de cómico. En el primer pueblo donde pasé la noche, el habitante de más importancia me testimonió su celo. Había llegado bastante tarde, y al entrar en mi habitación, el hombre llegó corriendo detrás de mí.

—¿Tiene alguna orden que darne Su Excelencia?—me preguntó.

Le rogué que hiciese de modo que los caballos estuvieran prontos á partir al ser de día; pero esto no le pareció suficiente y me preguntó si deseaba que llamase á los que en la aldea se ocuparon del censo. Yo no tenía intención de molestar á tantas buenas gentes á una hora tan avanzada de la noche, y me costó gran trabajo detenerlo. Los habitantes de las otras localidades me asombraron también por el exceso de su celo. No me lo podía explicar hasta que supe que el severo pristaw había recorrido el mismo camino algunos días antes y dió orden formal á sus subordinados de recibir con todos los honores de *enviado de Schilkinskaja*, como me llamaban. Y lo cumplieron puntualmente de buena voluntad.

Cuando estaba próximo al fin de mi viaje, encontré en las estaciones otros señores que seguían el mismo camino para ir á la conferencia. Corría el rumor entre todos de que el presidente

del distrito no encontró las listas completas y las había devuelto, y que, por consiguiente, sería necesario volver á hacer todo el trabajo. Mis colegas estaban asustados porque era una tarea que necesitaba varios días, habían dejado sus asuntos, y además estaban descontentos porque apenas habían recibido algunos rublos, cuando deseaban una medalla del gobierno.

Dos días después llegué á Stanitza Aigunskaja, donde la conferencia había de tener lugar. En el curso de mi viaje me había preocupado de mi primera entrevista con el pristaw, y él me parece que estuvo no menos inquieto que yo, porque apenas me había levantado á la mañana siguiente que llegué, cuando un cosaco vino y me hizo saber que el pristaw deseaba hablar con el *enviado de Schilkinskaja*. Le respondí que iría todo lo más pronto posible. Me hice la *toilette* y tomé mi desayuno; pero al poco tiempo el pristaw en persona hizo su aparición. Era un hombre grueso, de cerca de cincuenta años, vestido de oficial de policía; se presentó bajo el nombre de Bibikoff, presidente de la comisión del censo del distrito de X. Por mi parte yo me presenté como el señor Deutsch y conversamos de la manera más amistosa, como si nada hubiera pasado entre nosotros. Me confesó que le era imposible llevar bien la comisión de que se había encargado, porque se perdía entre las órdenes, instrucciones y circulares que le enviaban las diferentes autoridades y no sabía cómo hacer el censo general de su distrito. Todas las listas eran insuficientes. Me pidió que colaborase con él, pues conocía la rapidez con que cumplí la comisión en mi distrito, y que era el solo hombre que podía ayudarle á conducir el asunto á buen fin. Un cierto número de compañeros me

rogaban lo mismo. Acepté después de algunas instancias, y mi antiguo enemigo me expresó su agradecimiento.

Cuando llegamos á casa de este funcionario el despacho estaba lleno de gente: escribanos, dependientes, maestros de escuela y sobre todo cosacos. Cuando vieron al pristaw, lo rodearon, suplicándole que los dejase irse lo más pronto posible.

—¿Ve usted?—me dijo el pristaw.—Todos los días es lo mismo; hay para volverse loco.

Me hice llevar todas las listas y busqué el desembrollarlas. Como había previsto, la cosa no era tan difícil ni tan complicada como le parecía al pristaw, pero era un trabajo al que no estaba habituado. Después de un estudio de algunas horas puse las cosas en orden, y pude explicarle lo que había de hacerse.

La presencia de los otros compañeros era ya inútil. Pudieron irse á sus casas al día siguiente, de lo que se mostraron muy contentos. Yo tuve que quedarme catorce días para expedir todos los escritos. Trabajé desde la mañana hasta la noche muy tarde en compañía del pristaw. Durante todo el tiempo, este hombre fué para mí la amabilidad misma. Nadie hubiera creído que poco antes había dado orden de encadenarme y conducirme á viva fuerza delante de él. Como puede suponerse, jamás hablamos de este incidente.

CAPITULO XXXIII

Un monumento misterioso.—Mi partida de Kara.—La vida en Stretjensk.—Mi traslado á Blagowestchensk.—Matanza de chinos.

Durante mi estancia en Nijnaja-Kara tuve lugar de tomar parte en una expedición, con el objeto de descubrir un monumento de la más alta antigüedad. Uno de nuestros compañeros, llamado Kusnezoff, que á causa de sus estudios arqueológicos era una persona muy conocida en Siberia, me había escrito á este propósito. Según el testimonio de diversas personas, existía en la vecindad de Kara un monumento cortado en la roca que estaba cubierto de inscripciones antiguas, grabadas en caracteres rojos. Había sido ya objeto este resto del pasado de investigaciones de parte de la Sociedad Geográfica de Irkoutsk, pero no se había descrito ese detalle. Kusnezoff me propuso ir á visitar esta roca y tomar fielmente todas las inscripciones. Acepté con placer la misión.

Nos pusimos en camino dos camaradas y yo, en una hermosa mañana de primavera, guiándonos por las indicaciones que habíamos podido recoger. No conocíamos más que imperfectamente la dirección; estuvimos buscando el monumento por espacio de tres días y tuvimos que volver sobre

nuestros pasos sin haber descubierto nada. Durante largo tiempo me informé de los habitantes de la localidad, sobre todo de los numerosos cazadores, y prometí una recompensa al que me condujera hasta la piedra en cuestión.

Dos años más tarde escuché decir que dos aldeanos de una localidad próxima habían visto un monumento semejante al que yo buscaba. El rumor se confirmó, y la piedra con sus inscripciones rojas había sido descubierta. Un rebuscador de oro muy conocido me propuso acompañarme, y esta vez hicimos la excursión en trineo, porque estábamos en invierno.

El monumento era, indudablemente, de una época muy antigua: consistía en una especie de pared lisa y vertical, tallada en la roca, y sobre la que había inscripciones pintadas en rojo. Estas inscripciones consistían en caracteres y dibujos que recordaban los que se ven en las catacumbas; una parte de estos signos se había borrado, pero en general se conservaban bastante bien; los habían defendido del mal tiempo las rocas que lo ocultaban. Lo dibujamos todo lo más fielmente posible. Algún tiempo después un fotógrafo se pasó por Kara y tomó vistas de la roca y sus inscripciones. Yo lo envié todo á Kusnezoff, pero no he sabido jamás si logró descifrar el sentido de las inscripciones.

*
* *

El cambio que se operaba en mi condición económica, cuando á consecuencia de los manifestos del nuevo zar dejé de ser un colono *penitenciario*, tenía para mí una importancia tanto más grande, porque al mismo tiempo perdía los soco-

ros del Estado. A partir de este momento necesitaba subvenir solo á mis necesidades. Esto no era cosa fácil, porque la población de Kara había disminuido considerablemente. La familia cuyos niños instruí durante largos años había dejado la ciudad, y me era imposible hallar otra ocupación. Mis parientes no me enviaban nada, y me encontraba en una situación bastante crítica. Contraí algunas deudas para poder vivir.

En esta época los trabajos del camino de hierro transiberiano empezaron en la *stanitsa* (aldea habitada por los cosacos) de Stretjensk, cerca de cien *verstas* de Kara. El gobernador me concedió la autorización necesaria y dejé á Kara para siempre el 20 de Mayo de 1897.

La *stanitsa* de Stretjensk, situada á las orillas del Schilka, gran río navegable, ofrecía entonces un cuadro muy animado. La cifra de la población se elevaba á cuatro ó cinco mil habitantes; había tiendas de buena apariencia y numeroso comercio; los cosacos y los judíos formaban la mayor parte de la población. Los trabajos de la vía férrea habían atraído á las gentes de las profesiones más diversas.

Bien pronto encontré, en el camino de hierro, una ocupación ventajosa. Redactaba y escribía las diferentes órdenes, avisos y circulares, pero tenía la sensación de estar todavía más prisionero que en Kara, porque pesaba sobre mí un enorme trabajo y no hallaba persona con quien poder sostener relaciones.

En Kara tenía compañeros con quienes poder conversar de asuntos que nos interesaban; en Stretjensk, al contrario, aunque conocía á todos los habitantes por sus nombres, no había nadie con quien departir de otra cosa que de las tareas

diarias. El tema más frecuente, por no decir el único, de las conversaciones, era el dinero. Los capitales que habían afluído al país para la construcción del camino despertaron en todos una sed y una fiebre de hacerse ricos. En poco tiempo se realizaron grandes fortunas; los engaños y los robos estaban á la orden del día, y el ejemplo de los funcionarios no ayudaba poco á la desmoralización pública. El aguardiente y el juego eran las únicas distracciones. En una población de varios miles de habitantes no había ni una sola escuela de niños. Cuando las necesidades del servicio me obligaban á relacionarme con la *sociedad* local, conocía que estaba en un mundo extraño para mí. Comprendía por primera vez el sentido profundo de estas palabras: «He sido arrastrado por el medio.» Era absolutamente imposible á un hombre joven é inteligente vivir en semejante atmósfera sin volverse un borracho ó un jugador desenfrenado.

En Stretjensk tenía más libertad de movimiento que en Kara. Durante los dos últimos años que he pasado allí, he recorrido el país en todos sentidos, y en el curso de mis expediciones pude conocer las costumbres y los asuntos de la localidad.

Durante un largo viaje que realicé en 1899, me encontré con uno de mis correligionarios políticos que había sido enviado allí por la vía administrativa. Era el primer demócrata social recién llegado de la Rusia que yo veía, y se puede imaginar el placer que me procuró este encuentro. Hablamos casi toda la noche. Me refirió el desarrollo considerable que el movimiento obrero había tomado en la Rusia durante los últimos diez años y los rápidos progresos que hacían las ideas socialistas. Estaba sobre todo asombrado

de lo que me decía, á propósito de la agitación que reinaba en las masas de trabajadores judíos de las provincias del Oeste.

Lo que me contó redoblabá en mí el deseo de volver á mi hogar. Este deseo dormía en lo profundo de mi alma durante largo tiempo, y ahora estallaba de nuevo. ¿Pero cómo realizarlo? El problema era difícil de resolver. Hacía catorce años que estaba en Siberia, y desde mi arresto en Friburgo habían transcurrido quince años.

Según los términos de los manifiestos, podría volver á mi casa al cabo de siete años más, y hasta podía ser que alguna circunstancia favorable abreviara el plazo. Pero ¿se me podría asegurar que estaría vivo en esa época y que la ley me conservaría el derecho de volver á Rusia? La vida en Stretjensk se me hacía intolerable y resolví ir á Blagowestchensk, ciudad situada á orillas del Amor. Después de numerosas dificultades obtuve autorización de trasladarme, y en otoño de 1899 entré en esta ciudad relativamente importante.

En Blagowestchensk encontré mejor ocupación. Trabajaba en uno de los periódicos, y este trabajo era más agradable que la redacción de avisos y circulares de todo género que constituían mi ocupación en Stretjensk. La sociedad era también mejor; había gentes instruidas y muchos deserrados políticos. La ciudad tenía escuelas, una biblioteca pública, un teatro, teléfono; en una palabra, Blagowestchensk, desde el punto de vista de la cultura intelectual, no estaba más atrasada que ciertas grandes ciudades de la Rusia europea.

*
**

En este tiempo se habló mucho de Blagowestchensk á propósito de la matanza de varios millares de chinos pacíficos. Yo llegué un año antes y fui testigo involuntario de esta carnicería, de la cual el gobierno ruso ha enviado á todo el universo detalles falsos. En nombre de la verdad voy á contar aquí lo que he presenciado.

Primero diré algunas palabras sobre la ciudad. Es la capital, ó por mejor decir, la sola ciudad de la inmensa cuenca del Amor, cuya extensión es más grande que la de muchos Estados europeos reunidos. Está situada en una llanura sobre la orilla derecha del Amor, que marca en un largo espacio las fronteras de los imperios ruso y chino. Antes de la guerra de China la población era de 38.000 habitantes. La mayor parte de las casas son de madera, y la ciudad no está fortificada. Casi enfrente, en la otra orilla, se encuentra la ciudad china de Sakhaline. Chinos y rusos se entregaban á un perpetuo comercio de una ribera á otra; en verano en barcos, en invierno sobre el hielo, porque chinos y mandchurios eran para los habitantes de Blagowestchensk los principales proveedores, especialmente de legumbres y carne. Hasta la primavera de 1900, las relaciones habían sido muy cordiales por ambas partes, pero después de la muerte del ministro alemán von Kettler, se anunciaba la movilización del ejército siberiano por el gobierno ruso. El 24 de Junio el descontento y la inquietud comenzaron á reinar.

Sobre la ribera china, en Sakhaline, se verificaban todas las tardes ejercicios militares, se escuchaba la retreta, y el aire nos traía el eco de los cañonazos.

A la pregunta de las autoridades respecto de esto, contestaron que había acampado allí cerca

un pequeño destacamento durante el verano. Esta respuesta tranquilizó completamente á la administración, pero no del todo á los habitantes de Blagowestchensk. Muchos decían que no era por eso por lo que los chinos hacían ejercicios de cañón, y se veía con los anteojos que trabajaban en fortificaciones. A todas las advertencias, el gobernador militar del territorio del Amor contestaba que eran detalles sin importancia.

En esta época había pocos soldados en la ciudad; dos ó tres regimientos de infantería, un regimiento de cosacos y una brigada de artillería; pero el 11 de Julio, á consecuencia de una orden del gobernador general Grodekoff, casi toda la guarnición fué enviada á Khabarowsk, y no quedaron para proteger la ciudad más que una compañía de soldados, cien cosacos y dos cañones, de los cuales el uno estaba inservible. Había en la ciudad cerca de dos mil reservistas, que habían sido llamados cuando se proclamó la movilización, pero carecían de armas y municiones y no podían prestar, en caso de necesidad, ningún socorro.

La partida de la guarnición, en un gran número de barcas y vapores, se verificó con gran pompa. Esta circunstancia no se había escapado á los chinos de Sakhaline, que tuvieron el convencimiento de que Blagowestchensk estaba indefensa.

A treinta *verstas*, en el valle del Amor, se encuentra la pequeña población china de Aigun; cuando el 12 de Julio las tropas rusas se encontraron en esta localidad, los chinos no hicieron ninguna oposición y dejaron pasar los buques; pero rompieron el fuego sobre el último vapor, donde iban las municiones, y lo obligaron á retroceder hasta Blagowestchensk, así como al subte-

niente Kohlschmidt, comisario de fronteras, y los mecánicos que se encontraban á bordo.

El ruido del incidente de Aigun se extendió por la ciudad la noche del 13 de Julio y causó gran inquietud. Las autoridades parecían también comenzar á alarmarse.

El 14 de Julio por la mañana, una reunión extraordinaria de la Asamblea comunal se verificó por orden del gobernador militar. En esta Asamblea no tomaron parte sólo los consejeros municipales, sino también gran número de habitantes, diversos funcionarios, directores de bancos y otros; yo me encontraba allí en calidad de *reporter*. El coronel Orfenoff tomó la palabra en nombre del gobierno, y después que hizo conocer los débiles medios de defensa que poseían las autoridades militares, rogó á la Asamblea que tomase ella misma la iniciativa de organizar la defensa en caso de ataque por parte de los chinos. Aunque se supiera que después de la partida de la guarnición no quedaban soldados en la ciudad, no se creía que la situación era tan mala. La declaración sincera del coronel sorprendió á la mayoría de los presentes. Muchos quedaron pálidos, con los rostros descompuestos, y la voz de los consejeros llamados á tomar la palabra temblaba de emoción; se preguntaban qué debían hacer, y después de una breve discusión decidieron dirigir un llamamiento á los voluntarios. La ciudad estaba dividida en varias regiones militares y cada una tenía un administrador y dos ayudantes. Algunos delegados municipales fueron enviados al gobernador militar para darle parte de la decisión tomada.

Supe más tarde que el general Gribsky dió gracias á la administración comunal por su des-

prendimiento en querer organizar la defensa, pero les tranquilizó respecto al peligro que creían les amenazaba de parte de China. Ellos preguntaron al gobernador si no juzgaba necesarias algunas medidas de precaución cerca de los chinos, que habitaban en gran número la ciudad y sus alrededores, pero el general declaró que todas las medidas excepcionales las consideraba superfluas, porque la guerra entre Rusia y China no estaba declarada. Dijo que los representantes de los *celestes* domiciliados en la ciudad, habían ido á preguntarle si debían salir de su recinto, y les había hecho saber que podían permanecer tranquilos, pues *se hallaban en el gran imperio de las Rusias, cuya administración no consentiría jamás que se molestase á extranjeros pacíficos*. En conclusión, el general dijo que partiría aquella misma tarde en persona para Aigun con una compañía de soldados y los cientos de cosacos que aun quedaban en la ciudad, para asegurar á los barcos rusos la libre navegación del Amor. No pudo realizar este plan, porque las hostilidades empezaron más pronto de lo que se esperaba.

Aquella misma tarde, un público numeroso se dirigió al Ayuntamiento para hacerse inscribir como voluntarios, cuando se dejaron oír algunos tiros de fusil y de cañón en la ribera china. Yo me encontraba en una de las ventanas del municipio y vi una inmensa multitud que venía del río corriendo y gritando:

—¡Los chinos disparan! ¡Los chinos nos atacan!

Los voluntarios que se hallaban en aquel momento allí, oyeron los gritos y pensaron que los chinos atacaban en el instante mismo la ciudad sin defensa. Un pánico indescriptible se produjo. Los unos corrían á través de las calles, gritando:

«¡A las armas! ¡Dadnos armas!», y los otros se precipitaban sobre el almacén del Ayuntamiento, donde había algunos centenares de fusiles viejos, insuficientes para armar á todos los voluntarios. El resto de la multitud, casi toda compuesta de la parte más pobre de la población, invadía las tiendas particulares que, como era domingo, estaban cerradas, y se apoderaron de cuantas armas caían en sus manos.

La ciudad estaba en pleno pánico.

Un gran número de habitantes reunían todos sus objetos de valor y escapaban á pie ó á caballo para ir á demandar refugio á los parientes y amigos que habitaban en casas de piedra á gran distancia del río, donde el peligro de las bombas y las balas era menos grande. El pensamiento de que si los chinos penetraban en la ciudad indefensa le prenderían fuego y se entregarían á toda clase de crueldades, sembraba la desesperación más espantosa.

No era difícil para un ejército un poco disciplinado destruir en algunas horas á Blagowestchensk. Pero por fortuna para la población, los chinos eran malos tiradores, la mayoría de sus proyectiles no llegaban á la ciudad y caían en el Amor, donde no explotaban. Así es que durante el bombardeo sólo hubo unas veinte personas muertas ó heridas.

El segundo día de sitio la ciudad ofrecía un lamentable espectáculo: las ventanas y las puertas estaban cerradas y no se veían en las calles más que raros transeuntes. En el primer día se constituyó una guarnición de voluntarios, apostada sobre la ribera del Amor, en una extensión de varias *verstas*, que vigilaba los movimientos de los chinos y hacía imposible una sorpresa; pero

muchos creía el peligro más grande, no en los chinos, sino en la población misma.

*
*
*

En la ciudad y los alrededores vivían desde largo tiempo chinos y mandchurios, pequeños y grandes comerciantes, criados ó jornaleros. Se les había asignado un barrio aparte, donde todas sus casas guardaban el carácter nacional y se llamaba «barrio de los chinos». Un gran número de estos chinos y mandchurios vivían amistosamente con nosotros desde algunas docenas de años y prestaban servicios reales á la población con su trabajo.

De un celo extraordinario, muy moderados en sus maneras, estos extranjeros no habían cometido jamás el menor delito ni la más pequeña infracción. La probidad y la conciencia eran sus rasgos dominantes, y en los más grandes establecimientos, en numerosas casas de comercio y en domicilios particulares se les utilizaba como empleados ó como sirvientes, y todos tenían en ellos una gran confianza. En algunas casas las jóvenes chinas que servían de criadas eran tan queridas como parientes. Extraordinariamente activas y aplicadas, hacían grandes progresos en la escritura y la lectura, á la cual eran muy aficionadas.

Pero entre la parte inculta de la población los chinos gozaban de pocas simpatías. El pueblo veía en ellos representantes de una raza extraña que iba á mezclarse con los rusos, y los trabajadores hallaban en ellos una terrible competencia. Se decía que si no hubiera chinos, los salarios de los obreros rusos serían más elevados.

Todas esas causas, unidas á la brutalidad natural del pueblo, hacían que con frecuencia, aun en tiempo de paz y sin la menor provocación de su parte, los chinos fueran maltratados en la calle por los rusos, que les pegaban ó les tiraban de la trenza de sus cabellos. Con frecuencia los pobres chinos iban en queja de los malos tratos que les infligían á la prensa local.

Las violencias se habían acentuado desde algún tiempo antes, cuando los reservistas fueron llamados al servicio. Con frecuencia, cuando en estado de embriaguez encontraban á los chinos, los apaleaban sin piedad, gritando:

—Gracias á vosotros, cuadrilla de brutos, nos han hecho dejar nuestro trabajo y nuestras familias para enviarnos á la muerte. A los ojos de las gentes del pueblo, los chinos no eran hombres, sino animales. Esto da un mentís á las afirmaciones de los rusófilos, á cuya cabeza está el príncipe Ouchtomski, redactor de *Peterburskja Wjedomosti*, que pretenden que el pueblo ruso, á diferencia de todos los demás, otorga dulce hospitalidad á los súbditos de las otras naciones.

Todas estas brutalidades hicieron dar al gobierno una proclama, en la que se amenazaba castigar con extraordinario rigor á los que insultaran á los chinos pacíficos. Esta conducta de parte de la más alta autoridad local, afirmó á los chinos en la creencia de que no tenían nada que temer.

Desde el 14 de Julio, cuando los primeros tiros se escucharon en la ribera opuesta del Amor, y la multitud, espantada, escapaba por todos lados, se pudo ver la manera que los rusos tendrían de tratar á los celestes. Chinos y mandchurios erraban á través de la ciudad buscando un abrigo

donde estar con seguridad. La tarde del mismo día, dos fueron muertos en la calle. Personas dignas de fe afirmaban que los agentes de policía mismos habían aconsejado á las gentes matar á los chinos en caso de que osaran presentarse de noche en público. Creían que todos los celestes habitantes en el territorio ruso debían prender fuego á la ciudad para hacer causa común con sus compatriotas del otro lado del Amor, y nació la idea de que era necesario tomar medidas serias contra los que habitaban Blagowestchensk y los alrededores. Las gentes de sangre fría y sin pasión afirmaban que era suficiente dejar en paz á los chinos cuyos patronos rusos salieran garantes, y en cuanto á los otros relegarlos á un distrito determinado sujetos á una vigilancia especial. Pero las autoridades fueron de opinión diferente.

El segundo día de bombardeo se pudo ver á los cosacos y los agentes de policía entrar en todas las casas y preguntar si se encontraban chinos en ellas. Cuando los habitantes contestaron que para qué los querían, respondieron que era preciso reunirlos para entregarlos á la policía. No se presagiaba nada bueno.

Así es que muchos habitantes que tenían chinos en sus casas los ocultaban en cuevas, graneros y otros sitios retirados, pero con frecuencia los vecinos los denunciaban y los brutales cosacos exigían con amenazas, y algunas veces tirando de los sables, que se los entregasen. Esta captura de chinos duró varios días.

Imposible describir el estado de espanto de esos desgraciados cuando se les dijo que tenían que comparecer ante la policía. Recogían los objetos de más valor; pedían á sus dueños ó á las personas que les habían dado asilo que les guar-

darán el dinero y otros objetos; les encargaban pagar sus menores deudas y abandonaban sus casas y sus almacenes, llenos de toda clase de muebles y mercancías, para seguir á los cosacos, pálidos y temblorosos. Preveían el triste fin que les estaba reservado y algunos preguntaban en el camino:

—¿*Nous kantami?* (¿Nos vais á cortar el cuello?)

Los desgraciados no se equivocaban, porque los mataron de la manera más abominable. Sería preciso remontarnos hasta la Edad Media, á los tiempos de la Inquisición y las persecuciones de los judíos y los moros en España, para encontrar algo semejante á las crueles ejecuciones en masa.

A algunas *verstas* de Blagowestchensk, sobre la ribera izquierda del Amor, se encuentra un campamento de cosacos, y allí, antes de salir el sol, bajo la guardia de los cosacos y de los policías, fueron reunidos algunos millares de chinos, entre los que había ancianos, enfermos, mujeres y niños. Cuando la debilidad ó la fatiga les impedían avanzar, eran empujados á golpes de lanza por los cosacos en medio del camino. Uno de ellos, representante de la gran casa china Li Wa-Tchan, se negó á ir más lejos, pidiendo ser conducido delante del gobernador, que había garantizado la libertad de todos los chinos establecidos en territorio ruso, pero por toda respuesta fué muerto por los cosacos. El comisario de policía Chabaroff estaba presente y no impidió este acto de salvajismo.

Cuando se tuvo á todos los chinos en las orillas del Amor, se dió orden de arrojarlos al río, el cual tiene una profundidad de cinco metros y una corriente muy rápida. Se puede imaginar el espanto que se apoderaría de los pobres diablos.

Caían de rodillas con las manos elevadas al cielo, hacían la señal de la cruz y llorando suplicaban que no les hicieran morir de ese modo; algunos prometían convertirse al cristianismo y ser súbditos rusos, pero por toda respuesta los verdugos, que cumplían las órdenes de la autoridad, los arrojaban al río á culatazos ó con la punta de las bayonetas y los sables. Los que estaban arrodillados y no querían marchar fueron muertos allí mismo. Los testigos oculares de estas escenas de carnicería, que se reprodujeron varios días, cuentan cosas que deshacen el corazón.

Una familia de mandchurios fué arrojada al agua; se componía del marido, la mujer y dos niños; cada uno de los padres tomó un niño sobre los hombros é hizo todos los esfuerzos para nadar, pero al cabo de poco tiempo todos desaparecieron. En otra familia había un niño; la madre suplica á los verdugos que dejen vivir á la criaturita, pero nadie escucha su plegaria. Entonces ella lo pone en la orilla del río y se arroja al agua, pero no tarda en volver, lo toma en brazos y vuelve á echarse al río y á salir más lejos para depositarlo en la ribera. Los cosacos dieron fin á su martirio matándola á sablazos. Para no compartir el suplicio de esta madre y de todos los otras personas tratadas de esta suerte, sería preciso estar desprovisto de toda piedad humana. Hasta el comisario de policía Chabanof cuenta que le faltaba corazón durante todas esas escenas de muerte.

Algunos hombres sólo, de los más fuertes y más hábiles nadadores, consiguieron aproximarse á la ribera china, pero muy pocos de entre ellos se salvaron. Cuando los cosacos veían á los nadadores á punto de ganar la orilla opuesta, algunas

balas bien enviadas los retenían en el río. Los tiradores chinos, ocultos detrás de los accidentes del terreno, hacían también fuego sobre los nadadores, ya porque los tomaran por rusos, ya porque les guardasen rencor á sus compatriotas por vivir en territorio ruso tanto tiempo. Mucho antes de comenzar las hostilidades se les había conminado á no volver á entrar en su patria.

Cuando el 17 de Julio se vió por primera vez las grandes cantidades de cadáveres flotar sobre las aguas del Amor, fué claro para todos que se había ahogado á los infelices desarmados á quienes el mismo gobernador aconsejó no volver á China, garantizándoles su seguridad. Dos días después, el mismo general Gribsky había hecho traición á su promesa, dando de viva voz la orden de expedir á su país los súbditos chinos.

Una gran indignación reinaba entre las gentes honradas. Más de uno contaba con lágrimas en los ojos la crueldad con que los inocentes y pacíficos chinos habían sido tratados. Se hubiera deseado hacer una protesta y dar libre curso á la cólera. ¿Pero es esto posible en Rusia? El día mismo que se les ahogó, el 17 de Julio, se había proclamado el estado de sitio en la ciudad y todo el territorio del Amor. Por consecuencia, el que hubiera osado elevar una protesta, hubiera sido llevado ante un tribunal militar. Algunos, merced á altas protecciones, consiguieron salvarse, entre ellos el rico negociante Yun Dha San, que antes del bombardeo había hablado con el gobernador en calidad de representante de los chinos; se dice que distribuyó grandes cantidades entre los policías. Este chino, educado á la europea, que hablaba francés y ruso y estaba en relaciones con toda la alta sociedad, tuvo que sufrir en los diez y ocho

días de arresto toda suerte de tormentos y vejaciones, hasta el punto de que dice que de haberlo sabido, hubiese preferido mejor morir en el río.

Una dama muy conocida en la ciudad, la señora Makejewa, se dirigió al gobernador, que conocía personalmente, y le suplicó que le dejara un joven criado chino, que desde hacía cinco años estaba en su casa. El muchacho había dado muchas pruebas de adhesión á la familia; si alguno caía malo, lo cuidaba con las más delicadas atenciones y velaba noches enteras á su cabecera. Cuando el general supo que la señora Makejewa se interesaba por un chino, le gritó:

—¡Un chino! ¡Mire usted lo que nosotros hacemos con ellos!

E hizo con la mano el gesto de cortarle el cuello.

Pero como la dama insistía, afirmando que desde mucho tiempo antes el joven había manifestado su deseo de convertirse al cristianismo, el gobernador le respondió:

—Yo no me ocupo ni del arresto ni de la libertad de los chinos; eso no me incumbe.

Con esta declaración el general Gribsky buscaba arrojar sobre sus subordinados el jefe de policía Batarewitch y el coronel Wolkowsky toda la responsabilidad de las matanzas.

La dama recibió análoga acogida del arzobispo, que era la más alta autoridad eclesiástica. Le pidió de rodillas que consintiera en bautizar al chino, pero el pastor, que no brillaba por su caridad cristiana, le declaró secamente que no debía mezclarse en favor de los chinos y concluyó diciéndole que acudiese á las autoridades locales. Así las autoridades espirituales y temporales se enviaban las unas á las otras á la pobre supli-

cante. En fin, después de trabajos infinitos, la señora Makejewa logró salvar á su protegido, pero pocas gentes pusieron el mismo empeño que ella en defender á los desgraciados. Yo no he conocido más que cuatro casos de rusos que consiguieron salvar en las mismas condiciones á sus criados chinos, aunque he preguntado á muchas personas. En cuanto á los chinos y mandchurios, que en número de varios millares habitaban el barrio que les estaba destinado, no encontraron ningún protector y fueron todos ahogados ó despedazados.

No sólo las autoridades locales eclesiásticas, sino muchas personas cultas, médicos, abogados y jueces, encontraban que esta manera de tratar á los pobres chinos, pacíficos é indefensos, era inevitable.

—Todas esas gentes hubieran puesto fuego á nuestras casas y nos hubieran cortado el cuello si hubieran estado en nuestro lugar—decían.—Además, nosotros no podíamos alimentarlos ahora que el pan nos va á faltar.

Pero todos esos vanos pretextos no tenían fundamento, porque los celestes no ofrecían en realidad ningún peligro, y en cuanto á su alimento, contaban con bastantes provisiones, que fueron robadas más tarde por la policía y el populacho.

Para excusar su incalificable conducta, la policía esparció el rumor de que habían encontrado en sus casas y almacenes armas, pólvora y hasta dinamita, pero no era cierto. La verdad es que la matanza de los chinos fué dictada por la rapacidad de los que tenían interés en destruirlos. Como gran número de rusos eran sus deudores, esta fué buena manera de liquidar las cuentas.

Los cosacos y los policías cuando iban á arrestarlos les robaban los objetos de valor y conseguían un rico botín; personas dignas de crédito dicen que se partía con los altos dignatarios.

Tendría mucho que hablar si quisiera decir los procedimientos empleados por los *honrados* comerciantes para procurarse las mercancías gratis. Citaré algunos hechos característicos.

Un rico llamado Bujanoff, propietario de un gran molino á vapor, al que los chinos le habían alquilado el granero, aprovechó la matanza para construir un almacén. Otro propietario hizo construir un subterráneo entre su casa y la tienda de un chino situada cerca y se apoderó de los bienes del ahogado. Un tercero, el negociante Prikatschikoff, hizo transportar á su casa en carros, por estar á gran distancia, todo lo que había en el almacén de un chino. Estos dos últimos casos fueron llevados á los tribunales y castigados los dos culpables. Pero no se descubrió la inmensa cantidad de pillajes semejantes; las autoridades tenían interés en hacer el silencio. Después de la matanza de los chinos conservaban bajo su guardia las propiedades. Terminada la guerra, vendieron por sumas superiores á su valor lo que quedaba á los parientes que se presentaban como herederos. No eran reconocidos como tales por los documentos que podían presentar, sino por las sumas que ofrecían. El *pristaw* Chabanoff suprimió al juez de paz, que había sido nombrado administrador de los bienes de un chino, y lo reemplazó en sus funciones.

Para todos los habitantes de Blagowestchensk era claro que el gobernador había favorecido el pillaje contra los chinos y muchos estaban convencidos de que recibía también su parte de botín.

Creo que esta afirmación era bastante justificada. Cuando los herederos se presentaron no encontraron más que un montón de restos sin valor.

*
**

Durante varios días el Amor arrastró los cadáveres de los ahogados. La corriente los arrojaba ya en grandes cantidades, ya unidos dos á dos por las trenzas de los cabellos. Eran tan numerosos que hacía imposible contarlos. Durante todo este tiempo no se habló una palabra del siniestro suceso en todos los periódicos de la ciudad. El cuarto ó quinto día apareció un artículo indignado contra los bárbaros tratamientos de que los chinos habían sido víctimas en la «provincia del Amor». Este artículo fué reproducido por la prensa de las grandes ciudades; así el mundo civilizado supo la matanza de millares de inocentes.

El otro periódico de la localidad, *La Gaceta del Amor*, dirigido por un cierto A. B. Kirchner, se limitó á decir que «se había expulsado á los chinos domiciliados en la provincia y se había propuesto transportarlos al otro lado del río». Así una gaceta oficial, afecta á la autoridad, contaba el hecho de haber arrojado al agua á culatazos y punta de sable y bayoneta tantos millares de gentes indefensas, de viejos, enfermos, mujeres y niños.

Según los telegramas de las agencias gubernamentales, Grodokoff, el gobernador general de la provincia del Amor, había dirigido al citado mayor general de Petersburgo una comunicación en la que le decía que «los chinos habían arrojado sus muertos y heridos en el río y se contaba una cua-

rentena de cadáveres». He aquí cómo se escribe entre nosotros la historia. Los funcionarios rusos contaron con la misma veracidad los hechos de la guerra rusochina. Hablaron de batallas que nunca se verificaron, de ejércitos chinos que decían haber destruido, cuando en general los rusos sólo habían encontrado delante de ellos mujeres y niños.

Se hicieron muchos elogios del coronel Kanonovitch, que anunció que en Pjatajá Padi había tomado la plaza, defendida por una importante guarnición china, hecho que le valió recibir una orden militar. Se supo más tarde que en dicha localidad Kanonovitch no había encontrado más que dos mujeres japonesas.

Pero volvamos á los sucesos de Blagowastchensk. No había duda de que no sólo la matanza de los chinos se había verificado con consentimiento del gobierno, sino de que el gobernador militar, general Gribsky, dió la orden de ella. Para alejar de sí toda sospecha y para preparar una justificación á todo acontecimiento publicó, algunos días después de las ejecuciones en masa, un aviso en el cual decía que «después de los rumores que se habían extendido de hechos de violencia y muerte ejercidos sobre chinos sin armas, crímenes cometidos por algunos habitantes de la localidad, por aldeanos de las villas próximas y por cosacos, provocados por la conducta de los chinos, que habían abierto las hostilidades contra Rusia, todo acto de violencia contra esos individuos desarmados será castigado severamente». Y al mismo tiempo que este aviso, el general Gribsky, después de la toma de Sakhaline por los rusos, publicó una segunda orden en calidad de jefe de cosacos, mandando ir á la ribera opuesta

y «destruir los bandos chinos», ó, en otros términos, autorizando á los cosacos para matar á los chinos pacíficos que quedaban sobre la plaza, porque después de la toma de Sakhaline no había bandos chinos en la orilla derecha del Amor.

El general llevó tan lejos su hipocresía, que hizo abrir una instrucción sobre «los hechos de violencia y muerte cometidos contra los chinos pacíficos», pero como en el curso de la información no se hacían constar los ahogados y los muertos por orden verbal del gobernador, no se pudo, como es natural, descubrir nada preciso. Así, algunos meses después, el general Gribsky declaró en el proceso verbal á que se le sometió que había podido esclarecer ciertas causas de los acontecimientos, y que una era la falta de inteligencia de los funcionarios encargados por él de ocuparse de ciertos asuntos.

Esta declaración, repetida casi palabra por palabra, fué la que hizo el zar Nicolás II cuando, después de la catástrofe de Chodinski, declaró que era preciso atribuir á falta de capacidad las disposiciones tomadas por los funcionarios. El general Gribsky parecía querer decir que si en el curso de ciertos grandes acontecimientos, tales como la coronación del zar, las ejecuciones en masa no se habían podido evitar, no se debía hacer á nadie responsable de la muerte de «algunos chinos» durante el sitio de Blagowestchensk. Ninguno de los funcionarios ni agentes de policía fué perseguido por la matanza de los celestes: el general Gribsky y todos sus subordinados quedaron en sus puestos, y, sin embargo, estaba probado que ciertos altos funcionarios enviaron órdenes escritas para destruir los chinos en la provincia del Amor, y que por eso las matanzas, ya en masa, ya en par-

ticular, se habían realizado por los aldeanos de numerosos lugares y por los cosacos.

Entre los personajes conocidos por haber dado esas órdenes á sus subordinados, quedaron famosos en la provincia de Amor el coronel de cosacos Valkovinsky, el capitán Tuslokoff y el pristaw Valkoff.

*
**

Después del tratado de Aigun, que fué concluído en 1858 entre el conde Mourawieff Amourski y los representantes del gobierno chino, toda la región situada sobre la orilla izquierda del Amor pasó á las manos de la Rusia. Una pequeña lengua de tierra de ese territorio, situada sobre el río Seja, cerca de su desembocadura en el Amor y no lejos de Blagowestchensk, fué exclusivamente habitada por los mandchurios. Esta banda de tierra se llamaba oficialmente «territorio de los mandchurios sobre el Seja», y desde hacia largo tiempo habitaba allí una población mangólica importante, que no contaba menos de veinte mil habitantes, en sesenta y ocho aldeas.

Aunque esta población se encontraba en territorio ruso, era administrada, según los términos del tratado de Aigun, por la China, y los mandchurios se contaban como súbditos chinos y pagaban sus impuestos al gobierno de Pekín. Se ocupaban especialmente de la cría de animales y de la agricultura, y llevaban á Blagowestchensk sus productos, sosteniendo las más cordiales relaciones con los rusos que habitaban en las aldeas vecinas.

Cuando comenzó la guerra, las autoridades multiplicaron las órdenes de aniquilar á todos los

súbditos chinos, y los aldeanos y cosacos se conformaban con la voluntad de los jefes. Así, pues, empezaron á matar mandchurios, incendiar sus casas y robar sus propiedades.

No me detendré á describir todas las atrocidades que se cometieron en el territorio del Seja. Me contentaré con decir que las sesenta y ocho aldeas fueron arrasadas, y los habitantes en parte ahogados, en parte muertos de la manera más bárbara, y todos los bienes robados.

En una aldea llamada Alim, algunas docenas de mandchurios se ocultaron en una casa china cuando vieron aproximarse á los rusos, que señalaban con fuego y sangre su paso. Los rusos prendieron fuego á la casa, y las llamas y el humo obligaron á los infelices refugiados á buscar la salvación en la fuga. Comenzaron á saltar unos después de otros por las ventanas, pero los rusos, apostados debajo, los iban matando uno á uno según aparecían. El más viejo de la aldea contaba después que había él solo matado á sesenta de aquellas *criaturas*. En otro lugar una banda de aldeanos sorprendió un grupo de celestes al borde de un abismo y precipitaron en él á los pobres diablos. Los verdugos llevaron su sed de sangre hasta descender en seguida al fondo del abismo y rematar á los que aun daban señales de vida.

Cumplían así, por las órdenes de la autoridad y por su propia iniciativa, actos brutales, persuadidos de que eran buenas personas.

—Nosotros servimos así al zar y á la patria.

Y con estos términos de un candor salvaje, numerosos *héroes* contaban sus hazañas. Hombres de buen corazón, que en estado normal sentían piedad hasta de las bestias, se tornaban en estos días lamentables en brutos sin entrañas.

Véanse, por ejemplo, algunas escenas:

En una aldea rusa vivía desde largo tiempo un viejo chino que ejercía el oficio de pastor y era amigo de todos los habitantes. Cuando se extendió el rumor de que *era preciso matar los chinos*, tuvo lugar una asamblea general y se discutió qué debía hacerse del pastor, único chino que habitaba la aldea. El viejecito era simpático á todos y reconocían que era un buen hombre, pero á pesar de esto decidieron ejecutarlo. Cuando las gentes de la casa en que el desgraciado habitaba le hicieron conocer la decisión popular, se resignó con su suerte y pidió sólo que le acompañasen hasta el lugar del suplicio.

—Yo soy un pobre viejo solitario—dijo;—no tengo mujer ni hijos; reemplazad á mi familia y conducidme hasta la fosa, como es uso entre nosotros.

Sus huéspedes, marido y mujer, accedieron á la súplica y lo acompañaron hasta la salida de la aldea, donde lo esperaban para matarlo.

Un aldeano encontró en el campo una mujer mandchuria que acababa de ser asesinada; á su lado, sobre el charco de sangre, lloraba un niño de pocos meses buscando en vano el pecho de la madre. Cuando el aldeano, de vuelta á su casa, contó la espantosa escena, todos le reprocharon vivamente que no hubiera acabado con el pobre paqueñuelo.

Durante mucho tiempo se encontraron en los campos y en las orillas del Amor cadáveres espantosamente mutilados; mas á pesar del celo de aldeanos y cosacos, todos los chinos no perecieron; algunos lograron huir y buscaron refugio en la selva, en las montañas y en las grutas. Cerca de dos semanas después, cuando los verdugos

estuvieron hartos de carne y las autoridades cesaron de consentir las monstruosidades, los chinos, desfallecidos por el hambre y los sufrimientos, empezaron á mostrarse de nuevo en la ciudad; los pobres diablos, que á causa de las privaciones soportadas apenas se podían sostener, eran todo lo más un ciento. Eso fué lo que quedó de los muchos millares de celestes que habitaban en Blagowestchensk y sus alrededores.

*
* *

Es fácil conocer el carácter de salvajismo que tomaría la guerra el día que los soldados y cosacos pasaron al territorio chino. Apenas nuestro ejército franqueó el Amor y tomó posesión de la villa de Sakhaline, prendieron fuego á todo. Durante dos días las llamas del incendio iluminaron en una gran extensión la corriente del río; en lugar de la ciudad próspera, que alimentaba á bajo precio á la población de Blagowestchensk, no se veían ahora más que escombros calcinados por el fuego.

Pero cuando penetró en la Mandchuria, nuestro ejército no se contentó con incendiar, no respetó nada: mujeres, niños y viejos eran asesinados sin piedad, y las jóvenes muertas á sablazos después de violarlas. Tales fueron los altos hechos de nuestros *valientes*, como les llamaba en un telegrama el gobernador general Grodekoff, declarando que no encontraba palabras para expresar la admiración por su heroísmo. Sin embargo, muchos oficiales estaban disgustados de los instintos sanguinarios de esos brutos, cuyo valor se ha probado con mujeres, niños y viejos sin armas.

La valiente campaña del general Rennenkampf en Zizikar, que fué, como nuestra prensa rusófila afirma, acogida con exclamaciones de entusiasmo, puede compararse á la invasión de los hunnos y de los vándalos: un territorio rico y populoso fué en pocos meses transformado en desierto, donde no se veían más que acá y allá restos calcinados y cadáveres que servían de alimento á perros y vacadas.

Cuando alguno se arriesgaba á manifestar su indignación por estas carnicerías, escuchaba esta respuesta justificativa:

—Mirad los actos de salvajismo que los franceses, alemanes é ingleses cometieron en China. Cuando los pueblos civilizados se conducen de este modo, ¿qué puede esperarse de nosotros, pobres rusos, que no estamos á su altura?

No se encontraba qué objetar. La raza blanca, que tiene orgullo de su civilización frente á la China semibárbara, ha probado su cultura intelectual en el curso de esta guerra de exterminio. En los albores del siglo XX, los europeos no se han mostrado menos salvajes que otras veces las hordas de Tamerlan y de Gengis-Khan.